

Fragmento de *Olonakekiryai*, relatado por el Saila Horacio Méndez, traducido y resumido por Aipan Wakua, en *La historia de mis abuelos. Textos del Pueblo Tule, Panamá-Colombia*. Asociación de Cabildos Indígenas de Colombia, 1996

Olonakekiryai fue una gran mujer Kuna. Ella conoció y recorrió muchos “Kalus”.

Nana Olonakekiryai emprendió otro mayor conocimiento. Esta vez llegó hasta el sitio de Sappimolanarmakkale. Olonakekiryai encontró ahí todos los árboles, sus tallos, sus hojas pintadas y diseñadas con figuras diversas, con formas que nos ofrece nuestra Madre-tierra. Ese kalu fue visitado varias veces por Olonakekiryai. Cada vez que llegaba, subía y bajaba por ese kalu, ella aprendía nuevos diseños, nuevas formas de árboles, nuevas maneras de elaborar. Ella vio primero árboles pintados y diseñados, luego llegó a la pintura y el diseño en el cuerpo de las jóvenes mujeres, un poco más tarde se le presentaron los piñones pintados. Ella intentaba traer los diseños a nuestro pueblo, pero en esta etapa también encontró muchos celos por parte de los Nelekan. Y ella, puesta en medio de la gente, sin miedo, hablaba así:

“Ustedes grandes Nelekan me impiden traer el arte a nuestra gente, ustedes se sienten hombres y prohíben a la mujer que haga el bien a la comunidad. Pero, no sólo ustedes son grandes, y hay aquí, entre nosotros, ancianos que me defendieron: Tat Ulinia, Tat Yermota, Tat Siss Mu Inar, Mu Aktikkili, Mu OKir. Ellos me dieron la fuerza, la confianza para seguir conociendo de cerca todos los diseños, todas las figuras. Llegué a Kalu Dugbis.

En este kalu han quedado todos los diseños, todo lo curioso y lo bonito que elaboraron nuestros abuelos, nuestras abuelas antes de esta generación. Hermanas y Hermanos, nuestra tierra ha sido bañada y limpiada cuatro veces: pasó la oscuridad que acabó con todos nuestros padres y era, entonces, Karban el hombre que guiaba al pueblo; vino luego un gran ciclón que terminó con la segunda generación de nuestra gente, y era Kalib entonces la autoridad; pasó también el fuego y al final llegó Aipan y en esa época Papa limpio a la Madre-tierra con el diluvio, con el maremoto y todos nuestros abuelos pasaron, y desapareció su memoria. Luego, vino lpeorkun, y estamos viviendo en su tiempo. Todo el arte, todos los diseños, todo lo hermoso que elaboraron nuestros abuelos, nuestras abuelas de esas generaciones que han desaparecido, ha quedado en Kalu Tukpis. Todos ellos son la riqueza de nuestro pueblo kuna, nuestra riqueza, nuestras cosas”.

Nana Olonakekiryai no aprendió inmediatamente todos los diseños, sino a medida que fue bajando a las capas diversas de la Madre-tierra. Kalu Tukpis es el último, donde realmente vio las figuras, los diseños reunidos de nuestros abuelos, es como la memoria de lo que elaboraron las generaciones pasadas de nuestros abuelos, de nuestras abuelas. Ahí nació la mola, ahí nació la Wini, tinawini.

Patricia Vargas: *Los Embera y los Cuna: impacto y reacción ante la ocupación española. Siglos XVI y XVII.* Bogotá, Cerec/Instituto Colombiano de Antropología, 1993.

Así es que las primeras versiones de los acontecimientos se presentan más episódicas y descriptivas y las siguientes más compendiadas a través de símbolos y metáforas. Las metáforas utilizan el lenguaje de los sueños, lo cual no sorprende ya que muchos conocimientos los obtienen los Embera y los Cuna a partir del sueño y de su interpretación (p.16).

En un taller sobre métodos de investigación en historia en la comunidad Cuna de Caimán Nuevo, se dedujo que Darién se derivaba del nombre de Tanel que en idioma cuna significaba manada y que ha sido deformado por los colonos actuales en Tanela. (p.16).

Embera, Waunana y Tule son palabras que, en los tres idiomas, dan sentido de identidad y adscripción a las respectivas naciones. Los Tule, u Olo-tule (gente dorada), surgen de la relación de los Cuna o habitantes de llanuras con profetas provenientes de otras sociedades. Comúnmente a los Tule se los conoce como Cuna. (p.16).

Los Cuna son conscientes de que la historia es pilar de la sociedad; los Sahilas son especialistas en dicho conocimiento y lo imparten en las reuniones o congresos, relatando a manera de ejemplo, las actuaciones de sus antepasados. (p.23).

Desde finales del siglo XIX, los Cuna han venido perdiendo sus territorios del Darién-Urabá. En los últimos treinta años, han entrado colonos antioqueños apoyados por las facilidades del transporte aéreo y acuático, ellos han fundado nuevos pueblos como Santa María la Nueva, Balboa y Gilgal en donde, según la famosa ley de los tres pasos, se empiezan a conformar haciendas ganaderas. Actualmente, en la zona sobrevive sólo la comunidad cuna de Arquía; en el alto río Tuira tienen sus territorios las comunidades de Paya y Pucro.

Más de treinta mil Cuna viven en territorios que han venido tomando desde el siglo XVI, época para la cual vivían en la cuenca del río Darién. En el territorio tule actual, se distinguen cinco regiones que son: la comarca de San Blas, la reserva del alto Bayano, el alto río Chucunaque, la provincia del Darién panameño y Caimán Nuevo en el Urabá antioqueño, comunidad que convive con los conflictos generados por la colonización e implantación de grandes agroindustrias de banano. (p.34).

Los Cuna tenían líderes regionales, pero no se ha conocido ninguno que haya agrupado a la nación en su conjunto. (p.40).

En las historias tule se habla de una gran diversidad cultural de los Cuna, que llegaron a ser los olotule (gente-dorada) actuales. Varios héroes culturales, entre los que se destacan Wago, Ipelele e Ibeorgun tratan de unificar y “civilizar” a los diferentes grupos que son reconocidos como descendientes de Piler, primer hijo del creador Pad Tummat. (p.47).

Pad Tummat envía hombres en diferentes épocas para que den consejos a la gente y salgan de la condición de “corrupción moral” en que se encuentran. Sin embargo, actualmente Pad Tumat no tiene una incidencia directa sobre la gente y son los muertos los que le informan lo que sucede en la tierra de los Tule. (p.47).

La palabra cuna tiene un amplio sentido. Al referirse a las gentes que habitaban en las llanuras o valles principales, el tule Rubén Pérez lo refiere así: “... Antes ellos vivían en grandes llanuras, se llaman cuna, nos llamamos llanura...” (p.47).

Los Tule conciben el universo en forma de tinaja, conformada por ocho capas arriba y debajo de ella. El tránsito del mundo inferior al cielo lo hizo Pab Tummat y lo hacen los espíritus de los muertos. La conformación de los diferentes niveles del submundo es una larga historia y especialmente, la del cuarto nivel, donde se encuentran en sus kalu, personajes históricos. Algunos de ellos son causantes de las enfermedades. Para la curación se les entabla un combate. (p.50).

Entre los niveles que conforman el universo tule, se encuentran: la primera capa del submundo, habitada por los primeros seres que poblaron la tierra, éstos son de piedra, contemporáneos de las montañas. En el segundo nivel las hormigas y las serpientes. En la tercera capa se albergan diferentes especies animales, gobernadas por Tekenteba. En la cuarta se encuentran Masargan y los Ponis, causantes de las enfermedades. El siguiente nivel está habitado por seres estatuas de bronce. Más abajo viven hombres ballenas; finalmente se encuentra un río plateado que conduce a la casa de Pab Tummat. Encima de la tierra de los tule hay otro mundo, que deja pasar a través de él los rayos del sol y la luna. La primera capa de abajo hacia arriba es un almacén de huevos para la reproducción de chicharras, en la segunda hay abundantes aves de plumas rojas, la tercera está habitada por gusanos, en la cuarta se encuentra la flora y su tarea es garantizar la reproducción de la misma. Encima están el sol, la luna y las estrellas. La idea de que las capas que constituyen el universo fueron en un tiempo tan reales y tangibles como el mundo que habitan se mantiene presente en las tradiciones, cada una con una larguísima historia. Cada capa subterránea representa un ensayo de creación definitiva. GÓMEZ Y PAB IBALA, 1989. (p.50).

Según la interpretación de Herrera y Cardale de las explicaciones del tule Alfonso Díaz Granados, los kalu son: “Lugar mitológico, invisible para el común de las gentes, localizado en sitio selvático, en el fondo del mar o bajo la superficie de la tierra...; habitado por espíritus de diferente tipo... Los kalu son absolutamente necesarios para la conservación de la vida de los cuna y del orden natural del mundo...” (p.50).

En idioma tule, Mu tiene un doble significado: la madre y el mar. (p.51).

Según la versión de San Matías (comunidad embera, localizada en el municipio de Ituango, Antioquia), Caragabí se aparece a dos jóvenes embera y les advierte del próximo diluvio. Para su resguardo les manda sembrar dos palmas de don pedrito/parara/ que crecen rápidamente. Después del diluvio “las palmas cayeron en direcciones opuestas y formaron un río. La que cayó agua abajo se convirtió en el sol y la que cayó hacia el curso alto se volvió la luna” (Pardo: 1984, p.27-28). Caragabí ha sido identificado generalmente con la luna, e Ipelele, héroe cultural cuna, con el sol. Este relato permite inferir que a partir de la inundación se diferencian dos grupos: uno que viviría en los cursos altos del Atrato, los Embera, y otro que localizaría en las partes bajas, los Cuna; lo que estaría en relación con lo dicho sobre la ruptura del jenené. (p.55).

El robo de mujeres por parte de la gente de Trutruica se relaciona con la tradición que habla del origen común de los Embera y de los Cuna. El relato dice: “Caragabí produjo de la nada una gota de agua, la cubrió con una totuma nueva, al día siguiente al descubrirla se halló convertida en un indio catío. Produjo otra gota de agua y, tapada también con la misma totuma, salió de la gota una mujer, compañera del primer hombre. Caragabí enseñó a esta primera mujer a hacer otra gota idéntica a las anteriores pero ella esparció la materia prima en forma de llovizna y de ella salieron multitud de cunas. Los Cuna aprendieron muy bien a manejar el arco y las flechas y vivían en bohíos muy hermosos. A los ocho días de haber sido creados los Cuna, flecharon a su dios Caragabí pero no pudieron herirle. Caragabí llevó muy a mal esta ingratitud de los Cuna y los desterró de aquel lugar, asentándolos en adelante a orillas del Atrato. (p.57).

Según el cronista López de Gomarra, las gentes que vivían en el Darién eran lideradas por Cémaco. Los Tule de Caimán Nuevo manifiestan que Cémaco significa, en su idioma, “yo te mato”. Seguramente fue la voz general que escucharon los españoles, quienes con su mal entendimiento bautizaron de esta forma las gentes cuyo territorio era el río Tanel. El cronista refiere que los nativos “estuvieron quedos, al principio mirando aquella nueva gente; mas como vieron edificar sin licencia en su propia tierra, enojáronse; y así Cémaco, señor de allí, sacó de su pueblo el oro, ropas y cosas que valían algo, metiólo en un cañaveral espeso, púsose con hasta quinientos hombres bien armados a su manera en un cerrillo, y de allí amenazaba a los extranjeros, encarando las flechas y diciendo que no consentiría advenedizos en su tierra o los mataría. Encizo ordenó a sus cien españoles, tomóles juramento que no huirían, prometió enviar cierta plata y oro a la Antigua de Sevilla si alcanzaba victoria y hacer un templo en honor a ella en la casa del cacique” (p.67).

Los individuos o familias de Cuna y Urabá que trabajaron en los diferentes poblados españoles, lo hicieron por haber sido cautivados en guerra, así mismo muchas mujeres aborígenes se unieron con los españoles, iniciándose así el proceso de mestizaje. (p.93).

Los antepasados de los actuales Cuna, los únicos antepasados de los cuales se tienen noticias ciertas, no aparecen en la historia sino después de 1611. En esa época estaban asentados en la hoya del río Tuira. (p.103).

Los enfrentamientos entre los Embera y los Cuna, genéricos en la primera mitad del siglo XVII, se debieron a la presión colonizadora proveniente de Popayán, que sufrían los primeros en sus territorios del alto río San Juan. (p.162).

MORALES GÓMEZ, Jorge, en *Geografía humana de Colombia. Región del Pacífico*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1992.

Los Cuna se denominan a sí mismos *tule*, es decir, la gente. En la literatura académica figuran otros nombres étnicos, tales como Cuna–Cuna, Tacarcuna y Cerracuna. Es posible que la razón causal de todos ellos sea el topónimo del cerro ancestral Tacarcuna, muy importante en la mitología sobre el origen de ello. Sin embargo, el nombre más auténtico es TULE. (p.65).

La etnia Cuna pertenece a la familia lingüística Chibcha. (…).

Los Cuna manejan dos variedades dialectales de su idioma: la diaria y la ceremonial. La primera es la expresada en las labores y circunstancias cotidianas, como el trabajo, la vida familiar, etc. La ceremonial surge en los *onmaket* o congresos comunales o étnicos, en los rituales de curación, en las ceremonias de pubertad femenina o cuando llega un visitante a la casa. No se trata de un idioma diferente, sino de un aumento en la cadencia y la longitud de los sonidos en la conversación común, asumiendo así un estilo como de cántico. (p.65–66).

Actualmente, la población Cuna en territorio colombiano alcanza a 500 personas aproximadamente. Tal cifra contrasta con la de cerca de 40.000 que ocupan la nación panameña. (p.66).

Gracias a la obra de la etnohistoriadora Kathleen Romoli (1987), sabemos que los Cuna no tuvieron que ver con los célebres asentamientos prehispánicos de Coclé (Steward and Faron, 1959), sino que eran comunidades autónomas ubicadas a lo largo del bajo Atrato, muy diferentes a los famosos cacicazgos de Cueva. (p.66).

Los Cuna colombianos habitan las localidades de Arquía y Caimán Nuevo en el Chocó y Antioquia, respectivamente. La primera está en el Darién, muy cerca de la frontera con Panamá y la segunda sobre la margen oriental del golfo de Urabá. Pertenecen a las jurisdicciones municipales de Ungía y Turbo.

El hábitat corresponde a la selva húmeda tropical. Son áreas cálidas, pantanosas, pobladas de moscos, con reservas cada vez más reducidas de fauna y flora. (p.68).

Básicamente, las actividades económicas tradicionales han sido la horticultura, la cacería y la pesca.

La práctica agrícola consuetudinaria se ejecuta mediante el sistema de tala y quema que implica rotación de campos de cultivo con intervalos de descanso de la tierra, más largos que los periodos de uso. (…)

Maíz, yuca, ñame, plátano, arroz, cacao y caña son cultívenos en virtud de las expectativas que giran en torno a ellos. (…).

En cada campo se siembran diversos cultivos. Siempre habrá uno principal asociado con otros como frijol, auyama, malanga, etc. (…).

El trabajo hortícola es compartido por hombres y mujeres. Ellos talan y queman la selva. Ambos grupos siembran, pero la cosecha y el transporte de los frutos son tareas femeninas.

Así mismo, las mujeres extraen el jugo de las cañas de azúcar para elaborar la bebida cotidiana, llamada *inna*. Para las fiestas y ceremonias se la deja fermentar varios días. (…).

Otra actividad de subsistencia muy importante es la caza, llevada a cabo exclusivamente por los hombres. Se realiza con escopetas adquiridas en las islas de San Blas, compradas o cambiadas por canoas. En la actualidad, las flechas y el arco no se usan en la cacería. (···).

La pesca también es labor masculina. En los ríos, ciénagas o en mar abierto pueden lanzar anzuelos o atarrayas. (p. 68–71).

La vivienda tradicional es la casa rectangular grande donde se albergan varias familias nucleares relacionadas por consanguinidad. A cada unidad corresponde una zona de habitación con su respectivo fogón de piedras. El piso es de tierra, las paredes de cañas y el techo de palma. Son viviendas frescas, ventiladas y penumbrosas, en concepto de los habitantes de la ciudad. (p.71).

El consumo de sustancias alucinantes no se practica entre los Cuna. La *inna* o bebida que se fermenta a partir del jugo de caña y que se consume en ceremonias de pubertad, es el licor tradicional. (p.72).

De la palma de iraca se elaboran diversos tipos de canastas. Las más grandes, llamadas *karpa*, sirven para el acarreo de cañas, zapotes, aguacates, etc. Por parte de las mujeres, quienes las cargan sobre sus espaldas. (···).

El trabajo de cestería es actividad exclusivamente masculina. (73).

En la cultura Cuna, la familia extensa uxorilocal es la asociación básica productora. Normalmente está compuesta por una pareja, cuyo esposo es el jefe de la unidad y se llama *sakka*, sus hijos e hijas solteras, las hijas casadas con sus esposos y sus descendientes. En virtud del tipo de residencia, los hijos al casarse deben irse a la vivienda de sus mujeres. (p.75).

Entre los Cuna rige la endogamia. Difícilmente se acepta en las localidades colombianas que una persona Cuna se case con alguien de otro grupo étnico, sea negro, “blanco”, Emberá, etc. Quien llega a cometer dicha infracción, queda prácticamente excluido como Cuna y pierde sus derechos gerenciales sobre la tierra. (p.77).

El régimen político de los Cuna es descentralizado, o sea que las comunidades son autónomas en sus decisiones, aunque reconozcan identidad étnica común a todas ellas y haya numerosos lazos entre miembros de unas y otras.

Cada comunidad tiene un *saila* o cabeza política, quien tiene funciones de vocero y árbitro. Representa los intereses de la comunidad en los congresos generales de la nación Tule y ante el Estado. Así mismo, se reúne con las partes en conflicto por asuntos de deudas o por relaciones adúlteras, para zanjar las disputas. Puede imponer obligaciones indemnizatorias, como multas, trabajo adicional.

Los *saila* en realidad no son jefes, pues muchas de las decisiones que afectan a los grupos domésticos son tomadas por los respectivos *sakka*. Además, a nivel de la comunidad, es el *onmaket* o asamblea tradicional quien toma las decisiones trascendentales y recorta mucho la iniciativa del *saila*.

El lugar tradicional de entierro es bajo el piso de la casa. Así se establece una relación directa, espacial y temporal entre los antepasados y los vivos. Además, esos sitios de enterramiento son prolongaciones de la casa.

En Arquía, a partir de 1924, los misioneros impusieron el cementerio como lugar de entierros, por considerar que dentro de la casa era pecaminoso y antihigiénico. Sin embargo, los indígenas optaron por hacer ranchos en el lugar designado como cementerio. Esos ranchos son de dimensiones menores que las casas, pero representan a éstas. Son como extensiones que asemejan la prolongación o relación con los antepasados. Los deudos guardan objetos personales en esos ranchos. Así han logrado acercarse simbólicamente a los antepasados, haciendo actos propios de la vida cotidiana en las casas, para sincretizar la idea de cementerio con el significado tradicional de los entierros en la vivienda. (p. 83).

DE FRIEDMAN, Nina S., AROCHA, Jaime: *Herederos del jaguar y la anaconda*. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1982.

Alfonso Díaz Granados, cacique segundo de Arquía, fue alumno del nele Catalina Urrutia, y también discípulo del nele de Kantule. En 1969 vivía allí, cuando le confió a Leonor Herrera y a Marianne Cardale de Schrimppf narraciones magníficas de la tradición cuna:

“En los tiempos antiguos no había lagos. Había muchos neles y todo era de oro: pájaros, árboles, y piedras de oro. Cuando vinieron los españoles, los *neles* o divinadores llamaron al hombre de trueno, Mara, y le dijeron: vamos a hacer lagunas para meter oro. Entonces, los truenos mandaron los rayos y estos cayeron veinte metros debajo de la tierra y así formaron lagunas (...).

Cuando los muertos llegan al cielo, Dios le regala a cada uno una bandera de oro... En el cielo hay ropa de oro, aviones de oro, dantas de oro, todo de oro. Aquí tenemos que trabajar, pero allí podemos descansar porque el alma de cada animal que matamos aquí, o de cada cosa que está hecha aquí, va al cielo... Allí hay fábricas de toda clase, lo que nosotros hacemos aquí, allá lo fabrica Dios... En el cielo no hay pobres ni enfermedades”. (p.225).

En el espacio sideral, entre los cunas el barco del sol navega alrededor de la tierra, cargado de láminas lisas y brillantes como espejos dorados que iluminan en una sola dirección. En ese navío viaja el rey del sol con una enorme serpiente enrollada en su contorno y su enorme séquito. En la proa del barco se yergue un gallo que canta al amanecer y al cual le contestan todos los gallos de la tierra. Cada mañana el barco se detiene un instante para que los pasajeros-espíritus de las enfermedades se embarquen. Al entrar a descansar el sol, el barco de la luna, que también transporta grandes láminas plateadas, colocadas en círculo, inicia su viaje y sobre la cubierta de la nave se acomodan los espíritus de las enfermedades de la noche. Estos espíritus, al igual que los que viajan en la nave del sol, desembarcan, raptan las almas de los enfermos y las transportan a los *kalus*.

Los *kalus* son edificios que, según los cunas, existen en ciertos lugares de la tierra, en las montañas, en el mar y donde habitan espíritus benignos, malignos o indiferente. Son moradas de las fuerzas de la naturaleza y de la potencia vital, y es tal su importancia que sin ellos los cunas piensan que dejarían de existir. Hasta allí tiene que interponer sus recursos el nele, que es un personaje complejo, predestinado desde el momento de su nacimiento a ser profeta, sabio e historiógrafo y es el único ser que visita los *kalus*.

El nele es además quien diagnostica la enfermedad, gracias a su capacidad de dilucidar cuáles espíritus han raptado el alma. Pero es el *inatuledi* quien tiene que recuperar el alma del enfermo, aparte de usar su conocimiento de medicinas preparadas con plantas, pedazos de madera, segmentos de lianas y ramas espinosas, resinas, granos de cacao y piedras mágicas. Para ello se vale de la mediación de los espíritus de los *nuchus*. Estos son bastones y figurinas esculpidos en madera. Tienen forma de hombres vestidos con levita y sombrero de copa. El *inatuledi* envía entonces a los espíritus de los *nuchus* a negociar el rescate del alma en el *kalu* respectivo. Su táctica en muchas ocasiones es levantarse el sombrero debajo del cual cada espíritu de *nuchu* mantiene una reserva de humo con un olor tan mortalmente repugnante que el secuestrador de almas casi enloquece. Entonces entrega el alma rehén. (226).

Hay una gran variedad de nombres para las molas. La *chuchumor* dibuja una mariposa enorme, la *kurkumor* pinta un gran calabazo, la *sukumola* tiene como motivo un pez. Esto no quiere decir que haya un catálogo de temas, ni mucho menos. La creatividad es tal en el arte mola, que los cambios del mundo cuna aparecen reflejados con brillo, humor, seriedad y dramatismo. Hace unos años, cuando a la región llegaron las victrolas y los discos de música occidental, en las molas quedaron registrados. Los submarinos que en tiempos de guerra merodearon por las costas, quedaron impresos en el aplicado de las molas. Ángeles en el cielo y hombres en la luna no están ausentes del arte de la mola. (…)

La evolución de la mola data del período de contacto intenso con la cultura europea, ya que cuando Wafer estuvo con los cunas, todavía dibujaban pájaros, árboles y hombres sobre el rostro, el torso y el resto del cuerpo, ornamentos estos que constituían parte de su traje. Las mujeres usaban además una pieza de tela de algodón amarrada a la cintura y que les llegaba a los tobillos, pero en 1868 habían introducido en su indumentaria una especie de sencilla blusa encima de la falda larga. Otras innovaciones artísticas vendrían después. (p.234).

En cuanto a San Blas (…) en la médula del juego del equilibrio de distribución económica, lo que aparece es nada menos que la mola, una de las artes visuales cunas. Y aparece al mismo tiempo que surge la adaptación económica. Como expresión artística de las mujeres, en su papel de pieza central del guardarropa y como símbolo de identidad cultural cuna en los últimos ochenta años, ¡la mola se torna en el principal objeto de inversión de ganancias de la producción del coco! (…) cuando los cunas empezaron a manejar las plantaciones de coco y las ganancias que estas generaron, lo primero que hicieron fue sustraer a las mujeres de las labores agrícolas disminuyendo así su contribución a la producción y participación en este campo. Por otro lado, procedieron a reducir el período laboral de los hombres. Para el efecto, redefinieron su incorporación como trabajadores, estableciendo que solamente los hombres casados podían trabajar en el coco. Pero la edad ideal para contraer matrimonio empezó a retardarse con relación a la edad en que tradicionalmente solía hacerse. Todo esto ocurría a tiempo que el coco, como artículo de intercambio monetario, tomaba auge y que los cunas emigraban más y más a las islas, aumentando las plantaciones.

Frente a la exclusión a que se vieron sometidas las mujeres, y recluidas en el ámbito doméstico, sus ímpetus laborales se volcaron en la mola. Aunque durante algunos años las molas no constituyeron obras que generaran reconocimiento estético internacional, y por ende su participación en un mercado de arte fue inexistente, comenzó a recalcarse su posesión por las mujeres, como atuendo obligatorio y renovable en las distintas fiestas. A tiempo que la mola evolucionaba en el diseño y la temática, en la técnica del color, la textura y la línea del diseño aplicado, en la sociedad indígena cristalizó un mayor interés por cierto tipo de joyería. En tanto que se afirmó el uso del anillo de oro en la nariz, los zarcillo como grandes discos y el pectoral en las mujeres, se introdujo una profusión de collares, brazaletes y adornos de cuentas de vidrio importadas. Además de telas para faldas y tocados de cabeza. (p.238).

El congreso cuna por excelencia es el ámbito del encuentro político y religioso de la comunidad con sus jefes el *Saila*, el *Arkar* o vocero y los vigilantes *sualipet* o *polis*. Dos y en ocasiones hasta tres veces a la semana, hombres, mujeres y niños se reúnen. Los jefes llevan sus bastones de mando y se colocan en el centro de la casa ceremonial, las mujeres y niños a una lado y los hombres al otro. Los viejos de Arquía se pintan

suavemente las mejillas con achiote y la punta de la nariz con jagua. Los asuntos que allí se tratan son cívicos, pero también tienen que ver con la historia cuna y con la visión del mundo material y del otro mundo después de la muerte. Estos congresos – religiosos o políticos– pueden ser hablados o cantados. A veces reúnen solamente a los jefes locales y en ocasiones abren sus puertas a los jefes visitantes de otros poblados o de otras islas. (p.240).

Ibergoun instituyó la costumbre de la inna o chicha que se bebe en su honor y que permite a hombres y mujeres inspirarse con la poesía de la canción de Dios y asomarse al cielo.

Los rituales o fiestas inna giran en torno a la existencia de lo femenino, de la fertilidad, de la abundancia y de la reproducción. Las niñas recién nacidas, las jovencitas que se acercan a la pubertad y las mujeres que se inician como tales, son el centro de una constelación festiva. El protocolo de cada fiesta fue establecido por un nele en la antigüedad y en todas hay cánticos, se tocan flautas, maracas, y se ejecutan bailes que enaltecen la vida y la fecundidad.

La colocación del *olo* o anillo de oro en forma de medialuna en la nariz de la niña recién nacida es el primer ritual inna con que se registra la existencia de otra mujer en la comunidad. Dos hombres expertos le perforan con una aguja el tabique nasal. El olo aumenta su tamaño a medida que la niña crece. Y cuando la mujer llega a morir, sus familiares lo retiran y a veces la madre o la hermana pueden usarlo como anillo. Pero mientras viva, la mujer luce el olo que le evita después de su muerte, al encontrarse con los espíritus de los animales en su camino al cielo, que le prendan fuego por no lucir la perforación en la nariz.

Con anticipación el padre de la niña obtiene permiso del congreso para celebrar el inna, de suerte que es allí donde se inicia la expectación de la fiesta. La excitación que ocasiona un ritual inna es mayor cuando se trata del arribo de una niña a la pubertad. Entonces toda la comunidad se moviliza.

En los preparativos participan hombres y mujeres. Estas se apresuran a alistar molas nuevas y *saburretis* o faldas. Es la ocasión apropiada para lucir las joyas de oro y plata, las cuentas de chaquiras en tobillos y brazos, los mantos carmesíes y dorados y los adornos. Casi siempre gentes de otros poblados reman en sus *cayucos* o canoas durante horas para asistir a la inna.

Los hombres contribuyen con presas de cacería y pesca y cortes de caña de azúcar para la bebida. También con bejucos, cañas, lianas y madera para la construcción de la *surba* o cuarto de los ritos en donde se coloca la jovencita. Cuando el padre levanta su caracol y lo sopla para avisar la pubescencia de su hija, el pueblo sabe que la bebida y la fiesta se inician. En efecto, las tinajas llenas de chicha se cubren con hojas de plátano y terminan de aderezarse los manjares: iguana con yuca, saíno con plátano, pescado ahumado con ñame, diversas presas de ave con arroz.

Desde el segundo día de reclusión de la jovencita, las mujeres que han acarreado agua dulce y agua del mar la someten a abluciones de purificación. Los baños son continuos. El cuarto día la joven se yergue de su hamaca y se somete a la pintura corporal que ejecutan las mujeres con jugo de jagua. El momento cumbre del ritual se aproxima. El protocolo del inna exige que el quinto día los asistentes luzcan sus mejores trajes. Las mujeres se engalanan con molas, joyas, chaquiras y sus mantos. La jovencita se viste en mola magnífica y se adorna con olo y joyería. Un instante excepcional se aproxima.

Hace veinte años, Reina Torres de Arauz en San Blas tuvo la oportunidad de ver uno de estos instantes. El *kantule* o cantador, personaje principal por excelencia de estas

fiestas, llegó al lugar de la inna ataviado con la exuberancia de una corona de plumas erguidas en dirección al sol. La recitación del kantule y la música de su flauta son los medios volátiles que transportan el alma de la jovencita hasta el borde del mundo de los espíritus, donde moran los reyes de todos los animales. El kantule, con su séquito de seis ayudantes, entró con sus flautas y las maracas. Fumaron sus pipas, quemaron cacao seco y tabaco en los braseros de cerámica y lo dieron a oler a los invitados. El kantule se pintó luego los pies y la nariz con achiote para espantar los espíritus malignos que acechaban a la jovencita. Después se enjuagó la boca y procedió a probar la chicha. Inició el canto y la jovencita en ese momento maravilloso, dio su primer paso en la vida adulta y se asomó al cielo de oro. (p.247-248).